

Sermón Julio 11, 2021
Iglesia Episcopal Cristo
Año B, Propio 10, Complementarias
Séptimo Domingo después de Pentecostés
Amós 7:7-15, Salmo 85:8-13, Efesios 1:3-14, San Marcos 6:14-29
Por; Armando Barrios
“Ve y habla en mi nombre a mi pueblo Israel”

Oremos...

Ve y habla en mi nombre a mi pueblo Israel, estas son palabras que Dios le dirigió al profeta Amós, así es como termina la primera lectura de hoy, que difícil nos resulta a muchos de nosotros hablar en el nombre de Dios, pues les diré que no es sencillo ya que esto incluye defender y hablar en contra de las injusticias, es decir defender alguna causa o a alguien cuando esta siendo maltratado o tratado con injusticia, nuestro deber como cristianos es defender esa causa o a esa persona de dicha injusticia, ***“Ve y habla en mi nombre a mi pueblo Israel”***

En el Santo Evangelio de hoy según San Marcos, escuchamos en el relato que el rey Herodes quien había escuchado hablar de Jesús, sentía miedo de Él, pues él pensaba que Jesús era Juan el Bautista al cual él había mandado decapitar, y ahora había resucitado. La decapitación de Juan fue a causa de hablar en el nombre de Dios, Juan estaba ejerciendo su derecho de defender la ley Mosaica, en concreto el mandamiento de “no desearas la mujer de tu prójimo”

Y esto era exactamente lo que Juan le había reprochado al rey Herodes, el haberse casado con la mujer de su hermano, por tal causa Herodías, la ahora esposa de Herodes, odiaba a Juan y por consecuencia le pidió a su hija, y según los eruditos, de nombre Salomé, que pidiera la cabeza de Juan el Bautista en una charola.

Pero, para entender un poco mejor como sucedieron los hechos, tenemos que recordar que, el rey Herodes celebraba su cumpleaños y había invitado a sus comandantes, jefes y a las personas importantes de Galilea. La hija de Herodías (Salomé) bailó para Herodes y sus invitados, y tal vez Herodes ya un poco tomado, le dijo a Salomé que le pidiera lo que ella quisiera y él se lo daría, aunque fuera la mitad de su reino.

Así fue como Herodías aprovechando esta oportunidad de deshacerse de Juan el Bautista, aconseja a su hija que le pida al rey Herodes que decapiten a Juan, para de tal manera seguir su vida sin que nadie les reprochara que estaban viviendo en pecado.

Ahora veamos si nosotros pudiéramos hablar en el nombre de Dios con la misma convicción, valentía y fe como lo hizo Juan; ¿en cuántas ocasiones hemos sido testigos de alguna injusticia y nos hemos quedado callados? Casi siempre nuestra reacción es de, “no es mi problema”, ¿Cuántas veces nos hemos encontrado personas a un lado de la carretera con dificultades y no nos hemos detenido a ayudar? Nuestra respuesta casi siempre es, “voy de prisa y no tengo tiempo”

Existen muchos ejemplos más, pero solo quise compartir con ustedes dos muy simples, pero que a la vez son los que suceden más a menudo, ahora aquí toca recordar un poco la confesión de pecado que oramos cada domingo, “Dios de misericordia, confesamos que hemos pecado contra Ti, por pensamiento, (envidias, odio, rencor, lujuria) palabra, (las ofensas que salen de nuestra boca) y obra,(lo que

hacemos) por lo que hemos hecho (lo malo que ya hicimos) **Y LO QUE HEMOS DEJADO DE HACER**” así es mis hermanos y hermanas en Cristo, cada vez que no intervenimos en defensa de alguien o de alguna causa, o cada vez que no nos detenemos a ayudar a alguien que tiene problemas, estamos faltándole a Dios y cometiendo.....pecado.

Pero ahora volvamos a Juan, imagínense a Juan reprochándole a un rey el haberse casado con la esposa de su hermano, que osadía y que valentía la de Juan, pero no era que Juan se sintiera fuerte físicamente para enfrentar a Herodes y sus soldados, sino que Juan se sentía fuerte de espíritu, pues sabía que contaba con el apoyo de Dios. ¿Cuántos de nosotros podemos decir qué nos sentimos fuertes de espíritu?

Déjenme decirles que solo las personas que son fuertes de espíritu son las que tienen el valor, coraje y osadía para defender a alguien cuando se esta cometiendo alguna injusticia, tener un espíritu fuerte y firme es tener a Dios a nuestro lado y tener a Dios de nuestro lado es tenerlo en nuestro corazón, pues ahí radica nuestra valentía, nuestra verdad y nuestra felicidad.

Para terminar, por favor permítanme contarles una breve historia;

Se cuenta que un señor tenía años buscando la verdad y la felicidad. Un día mientras oraba escucho la voz de Dios que le dijo; ve a la iglesia de la esquina y ahí encontraras un mendigo sentado en las gradas, el te mostrara el camino a la verdad y a la felicidad. El señor fue, y encontró al mendigo tal como Dios le había dicho, el señor se acercó al mendigo y le dijo; buenos días, el mendigo le contesto; estando con Dios todos los días son buenos. ¿eres feliz? Le pregunto el señor, el mendigo

contestó, soy el hombre más feliz del mundo, ¿no tienes problemas ni preocupaciones? Si los tengo, pero ya sea en la buena o en la mala suerte, siempre vivo en los brazos de Dios, ¿de donde vienes? Vengo de Dios, ¿y a donde vas? Voy

a Dios. ¿y a Dios donde lo encuentras? No soy yo el que encuentra a Dios, es Él, el que me encuentra a mí, ¿pero donde vive Dios? Dios vive en todos aquellos que confían en Él y le quieren. ¿Quién eres? Soy un rey. ¿pero donde está tu reino? Esta aquí en mi corazón y en el corazón de Dios. Ahí fue cuando el hombre comprendió que aquel mendigo por vivir tan estrechamente unido a Dios, era el hombre más feliz del mundo, pues había encontrado la verdadera felicidad.

Mis hermanos y hermanas en Cristo la verdadera felicidad la tenemos a nuestro alcance, solo tenemos que permitir que Dios viva en nuestro corazón y de tal manera como el mendigo, seremos fuertes en espíritu, valientes y osados y por consecuencia encontraremos la verdadera felicidad.

En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, Amén